



Gustave Flaubert

Diccionario
de los lugares comunes

«Excepción. Decir que confirma la regla. No arriesgarse a explicar cómo (...) Libro. Cualquiera que sea, siempre demasiado largo (...) Republicanos. No todos los republicanos son ladrones, pero todos los ladrones son republicanos». Diccionario de los lugares comunes: proyecto literario (concebido en 1847 y publicado póstumamente en 1911) en el cual Flaubert, mediante un agudo sentido del humor y una ironía incisiva, apelando a un caudal de citas famosas, frases hechas y pruebas (que demuestran lo contrario), despliega una crítica intensa a la mediocridad burguesa de su tiempo (y quizás del nuestro).

AVISO AL LECTOR

Gustave Flaubert (1821-1880) es suficientemente conocido como novelista y cultor de una prosa trabajada hasta el delirio, en la búsqueda de la palabra exacta que trasuntara el concepto justo, pensado cuidadosa, cartesianamente. Por eso no diré ni media palabra sobre la vida y la obra del francés que escribió *Madame Bovary*, *Salambó*, *La educación sentimental*, *La tentación de San Antonio*, *los Trois Contes* y *Bouvard y Pécuchet*. Tampoco sobre el lugar que ocupa en el variado realismo de su patria en el siglo XIX, sus similitudes y diferencias con Balzac, Stendhal y Maupassant («describir, observando», y «narra-participando», en la terminología de Georg Lukács y Guido Aristarco). Para lo primero bastan las enciclopedias y las historias de la literatura. Para lo segundo, los trabajos críticos del húngaro y del italiano citados.

Este Diccionario de los lugares comunes (*Dictionnaire des idées reçues*) se mantiene hoy con independencia del Flaubert escritor de ficciones, de modo que en la ocasión resulta conveniente prescindir de introducciones generales y prólogos demorados.

Baste decir que el *Diccionario* era una idea que persiguió a Flaubert durante su vida útil de creador, e incluso en su niñez - apunta René Descartes - el futuro artífice de *Madame Bovary* se sorprendía ante las simplezas y tonterías que desgranaba en su hogar una vieja amiga de la familia.

La nutrida *Correspondencia* de Flaubert testimonia esa constante inquietud, y la importancia atribuida a proyecto

semejante. El 4 de septiembre de 1850 escribe a su amigo Luis Bouilhet: «Este libro, introducido por un buen prefacio donde se indicaría que el trabajo se preparó con el propósito de vincular al público con la tradición, con el orden, con la convención general, y dispuesto de tal manera que el lector no termine de saber si uno se burla de él, o no, sería quizás una obra extraña y capaz de tener éxito, ya que asumiría una completa actualidad».

El 17 de diciembre de 1852, en carta a su amiga Louise Colet, afirma: «He vuelto a rumiar una vieja idea, la de mi *Dictionnaire des idées reçues*... El prefacio, sobre todo, me excita, y de la forma en que lo concibo (será un libro completo), ninguna ley podrá alcanzarme, aunque habré de atacarlo todo. Será la glorificación histórica de todo lo que se aprueba (...) En él se encontrará, entonces, por orden alfabético, sobre todos los temas posibles, todo lo que es necesario decir en sociedad para convertirse en una persona decente y amable».

A George Sand, en 1871, le dice: «¿Se habrá terminado con la metafísica profunda y los lugares comunes? Todo el mal proviene de nuestra gigantesca ignorancia. Lo que debería estudiarse, se cree sin discusión. ¡En lugar de observar, se afirma!...»

Y en 1879, Flaubert le escribe a Raoul Duval: «... Me habla usted de la estupidez general, querido amigo, ¡y cuánto la conozco y la estudio! Ahí está el enemigo, e incluso no existe otro enemigo diferente».

«Me amargo muchísimo en la medida de mis posibilidades. La obra que preparo podría llevar como subtítulo *Encyclopedie de la betisse humaine*. La empresa me agobia y mi tema me invade...»

Las transcriptas son apenas pocas muestras de la permanencia de esta idea en el cerebro del escritor. Flaubert nunca alcanzó a finalizar dicha tarea ambiciosa: desperdigada entre sus papeles, sus notas y archivos, quedó una cuarentena de hojas clasificadas por orden alfabético, bajo el

título de *Dictionnaire des idées reçues*. En 1911 se publicaron tales inéditos por primera vez, como apéndice a la edición Conard *Bouvard y Pecuche*. Por lo general, se siguieron reproduciendo sucesivamente sin modificaciones. En 1961, gracias al hallazgo en la biblioteca de Ruan de Nuevos manuscritos, Las Editions Montaignes de París presentaron la versión más completa hasta la fecha de este *Diccionario*.

Sobre esta última edición se efectuó la presente traducción, teniendo en cuenta las siguientes pautas:

a) No se trataba de preparar un texto erudito, con notas y contranotas que abruman pero que nada dicen a los que están en la minucia (porque les huelen a arqueología o a compulsas apresuradas de diccionarios)^[1].

b) Lo anterior justifica algunas omisiones motivadas por juegos de palabras de exclusivo significado en francés, o expresiones verbales de difícil cuando no imposible traslación al castellano, o vocablos hoy perimidos. Otras veces se prefirió dar el equivalente popular actual de la voz empleada por Flaubert, antes que su transcripción literal.

El *Diccionario de los lugares comunes* no deja de tener paralelos en la literatura universal, como el maravilloso *Diccionario del diablo*, del norteamericano Ambrose Bierce (primera ed. castellana, trad. de Rodolfo J. Walsh, Buenos Aires, Jorge Alvarez, 1965), y nada menos que James Joyce en su *Ulises*, de acuerdo con la autorizada opinión de Ezra Pound, recoge el mensaje flaubertiano al desnudar con agudeza la larga serie de lugares comunes de la lengua inglesa. Pero el valor de este *Diccionario* crece, si así puede decirse, en la medida del tiempo transcurrido desde la muerte física de su autor: estos clisés, estas «ideas recibidas», estos lugares comunes de la burguesía francesa (y europea) que tan bien conoció y retrató Flaubert, se reflejan y en muchos casos se identifican con los estereotipos menta-

les y verbales de nuestras burguesías (y clases medias) locales. «Efecto de demostración», que dirían los economistas. Una rápida lectura de numerosos vocablos lo demostrará fácilmente.

El propio Flaubert no pudo escapar a su santa furia crítica. He escuchado infinidad de veces, al hablar de Madame Bovary, la obligada acotación: «Madame Bovary soy yo, como decía Flaubert», en boca de quienes jamás soñaron con leer la novela. Ese nimio detalle de memoria, en cambio, sigue «quedando bien». A contrapelo, y gracias a su personal e involuntario ejemplo, Gustave Flaubert tiene razón. Los lugares comunes crecen y constituyen un gran peligro para la inteligencia. Hay que continuar en la tarea de su desmistificación.

ALBERTO CIRIA.

Vox populi, vox Dei,
(Sabiduría de las Naciones)

Parece cierto que toda idea pública, toda convención recibida, es una tontería, porque la hace suya un número elevadísimo de personas.

(CHAMFORT, Máximas).

A

Abelardo.- Es inútil tener la más mínima idea acerca de su filosofía, e incluso conocer el título de sus obras. Hacer alusión discreta a la mutilación que Faulbert operó en él. Tumba de Eloísa y Abelardo: si se os demuestra que es falsa, exclamad: «¡Me quitáis mis ilusiones!».

Abnegación.- Quejarse de que los demás no la posean. «Somos muy inferiores al perro en este aspecto».

Abogados.- Demasiados abogados en la Cámara de Diputados. Formulan apreciaciones torcidas. Decir de un abogado que habla mal: «Sí, pero sabe mucho Derecho»

Absalón.- Si hubiera llevado peluca Joab no habría podido matarlo. Nombre chistoso para darle a un amigo calvo.

Academia Francesa.- Denigrarla, pero tratar de ingresar a ella si se puede.

Aceite de Oliva.- Nunca es bueno. Hay que tener un amigo en Marsella para que os envíe un tonelito.

Accidente.- Siempre deplorable o molesto (como si nunca se debiera considerar una desgracia como algo divertido...).

Actrices.- La perdición de los hijos de buena familia. Son de una lubricidad pavorosa, se dedican a las orgías, derrochan millones, terminan en el hospital, ¡Perdón! ¡Hay algunas que son buenas madres de familia!

Adioses.- Poner lágrimas en la voz al hablar de los adioses de Fontainebleau.

Adolescente.- Siempre se debe comenzar un discurso de entrega de premios por «Jóvenes adolescentes...» (lo que resulta un pleonasma).

Aduana.- Uno se debe rebelar contra ella y defraudarla. (*V. oficina de consumos*).

Adulador.- No olvidar nunca la cita: *Detéstables flatteurs, présent le plus funeste / Que puisse faire aux rois la colere celeste!*, o bien: *Apprenez que tout llatteur / Vit aux dépens de celui qui l'écoute*^[2].

Afeites.- Estropean la piel.

Agente.- Término lúbrico.

Agotamiento.- Siempre prematuro.

Agricultura.- Una de las tetas del Estado (el Estado pertenece al género masculino, pero no importa). Se la debería estimular. Falta de brazos.

Agua.- El agua de París provoca cólicos. El agua de mar sostiene para nadar. El agua de Colonia tiene rico olor.

Ahorros.- (Caja de). Ocasión de robo para el servicio doméstico.

Aires.- Desconfiar siempre de las corrientes de aire. Invariablemente el fondo del aire está en contradicción con la temperatura: si ésta es calurosa, el aire es frío y viceversa.

Ajedrez.- (Juego de). Microcosmos de la táctica militar. Todos los grandes capitanes jugaban muy bien al ajedrez. Demasiado serio como juego, demasiado frívolo como ciencia.

Ajenjo.- Veneno super-violento: un vaso y perecéis. Los periodistas lo beben mientras escriben sus artículos. Mató más soldados que los beduinos.

Ajo.- Mata las lombrices intestinales y predispone a las luchas amorosas. Con él fueron frotados los labios de Enrique IV en el momento de venir al mundo.

Alabastro.- Sirve para describir las partes más hermosas del cuerpo de la mujer.

Albarda.- En Suiza todos los hombres llevan albardas.

Albion.- Siempre precedida de blanca, pérfida, positiva. Faltó bien poco para que Napoleón la conquistara. Elogiarla: la libre Inglaterra.

Alcalde de la aldea.- Siempre ridículo. Se considera insultado cuando se lo llama empleado municipal.

Alcibíades.- Célebre debido a la cola de su perro. Tipo de libertino. Frecuentaba a Aspasia.

Alcoba.- En un viejo castillo: Enrique IV siempre pasó una noche en ella.

Alcoholismo.- Causa de todas las enfermedades modernas. (*V. ajenjo y tabaco*)

Alegría.- La madre de los juegos y de las sonrisas. No se debe hablar de sus hijas. Siempre acompañada de loca.

Alemanes.- Pueblo de soñadores (obsoleto). No es sorprendente que nos hayan derrotado: ¡no estábamos preparados!

Alemania.- Siempre precedida de rubia, soñadora... Pero ¡qué organización militar!

Algodón.- Es útil especialmente para los oídos.

Aliento.- Tener un aliento fuerte otorga distinción. Evitar las alusiones sobre las moscas y afirmar que proviene del

estómago.

Alimento.- Siempre sano y abundante en los colegios.

Almejas.- Siempre indigestas.

Almirante.- Siempre valiente.

Almohada.- No usarla nunca, porque hace que uno se vuelva jorobado.

Almuerzo de solteros.- Requiere ostras, vino blanco y cuentos verdes.

Ambición.- Siempre precedida de loca, cuando no es noble.

Ambicioso.- En provincias, todo hombre que hace hablar de sí mismo. «¡Yo no soy ambicioso!», quiere decir egoísta o incapaz.

América.- Buen ejemplo de injusticia. Colón la descubrió y se la llama así a causa de Américo Vespucio. Sin el descubrimiento de América no habríamos tenido la sífilis ni la filoxera. Exaltarla, a pesar de todo, especialmente cuando no se la conoce. Recitar un monólogo sobre el self-government.

Andrócles.- Citar al león de Andrócles a propósito de los domadores.

Ángel.- Queda bien en el amor y en la literatura.

Anillo.- Muy distinguido si se lleva en el dedo índice. Colocar en el pulgar es demasiado oriental. Usar anillos de forma los dedos.

Anteojos.- Insolentes y distinguidos.

Anticristo.- Voltaire, Renán...

Antigüedad y todo lo que se relaciona con ella.- Trivial, molesto.

Antigüedades (las).- Siempre son de fabricación moderna.

Aparador.- Indispensable en casa de una muchacha bonita.

Aplomo.- Siempre seguido de infernal o precedido de ruido.

Aquiles.- Agregar «el de los pies ligeros»: eso permite hacer creer que uno ha leído a Homero.

Arenques.- La fortuna de Holanda.

Aristocracia rural.- Mostrar el desprecio más soberano hacia ella.

Arpa.- Produce armonías celestiales. En los grabados, solamente se toca entre las ruinas o al borde de un torrente. Desarrolla el brazo y la mano.

Arquímedes.- Decir a propósito de su nombre: «¡Eureka! Dadme un punto de apoyo y moveré al mundo». También existe el tornillo de Arquímedes pero nadie se ha preocupado por saber en qué consiste.

Arquitectos.- Todos imbéciles. Siempre olvidan la escalera de las casas.

Arquitectura.- Sólo hay cuatro órdenes de arquitectura. Por supuesto, no se cuentan el egipcio, el ciclópeo, el asirio, el hindú, el chino, el gótico, el romano, etc.

Arrabales.- Terribles en las revoluciones.

Arsénico.- Se encuentra en todas partes (recordar a Madame Lafarge). Sin embargo; hay pueblos que lo comen.

Arte.- Lleva al hospital; y lo peor es que no sirve de nada, pues se lo reemplaza por la mecánica, que produce ,mejor y más rápido.

Artistas.- Todos farsantes. Ponderar su desprendimiento (obsoleto). Asombrarse de que se vistan como todo el mundo (obsoleto). Ganan sumas fabulosas, pero las tiran

por la ventana. Se los invita con frecuencia a cenar afuera. La mujer que es artista no puede resultar sino una ramera. Lo que hacen no se puede llamar trabajar.

Asesino.- Siempre cobarde, incluso cuando ha sido intrépido y audaz. Menos culpable que un incendiario.

Aspid.- Animal conocido por la cesta de higos de Cleopatra.

Astronomía.- Hermosa ciencia. Sólo es útil para la marina. A este respecto, reírse de la Astrología.

Ateo.- Un pueblo de ateos no podría sobrevivir.

Atuendo.- (de las mujeres). Perturba la imaginación.

Autor.- Se debe «conocer autores»; es inútil saber sus nombres.

Avestruz.- Digiere las piedras.

B

Bachillerato.- Protestar en su contra.

Baile.- Ya no se baila, se camina.

Bala de cañón.- El viento que produce la bala de cañón enceguece.

Baladas.-: Los cantores de baladas gustan a las mujeres.

Ballesta.-: Buena ocasión para referir la historia de Guillermo Tell.

Banda elástica.- Se hace con el escroto del caballo.

Bandera nacional.- Contemplarla, hace palpitar el corazón.

Bandidos.- Siempre feroces.

Banqueros.- Todos ricos. Árabes, lobos cervales.

Banquete.- No deja de reinar en él la más franca cordialidad. Uno se lleva el mejor recuerdo de ellos y nunca se despide sin darse cita para el año próximo. Un bromista debe decir: «En el banquete de la vida, desventurado convidado...», etc.

Barba.- Señal de fuerza. Demasiada barba hace caer los cabellos. Útil para proteger las corbatas.

Barbero.- Ir a lo del sangrador, a lo de Fígaro. El barbero de Luis XI. Antiguamente practicaba sangrías.

Bases de la sociedad. *Id est*, la propiedad, la familia, la religión. el respeto por las autoridades. Encolerizarse al

hablar si se las ataca.

Basílica.- Sinónimo pomposo de iglesia. Siempre es imponente.

Bastón.- Más temible que la espada.

Batalla.- Siempre sangrienta. Siempre ha habido dos vencedores, el que ganó y el que perdió.

Bayadera.- Palabra que despierta la imaginación. Todas las mujeres de Oriente son bayaderas (*V. Odaliscas*).

Bazo.- Antiguamente se le extirpaba a quienes corrían carreras pedestres.

Besar.- Decir «abrazar», es más decente. Dulce robo. El beso se deposita en la frente de una jovencita, en la mejilla de una mamá, en la mano de una muchacha hermosa, en el cuello de un niño, en los labios de una amante.

Bosque.- Los bosques hacen soñar. Son apropiados para componer versos. En otoño, cuando uno pasea, debe decir: «De los despojos de nuestros bosques...», etc.

Bostezo.- Hay que decir: «Discúlpeme, no es de aburrimiento sino del estómago».

Bota.- Para los grandes salones, nunca olvidar las alusiones sobre las botas de los policías o los zapatos de los carteros (no se permiten sino en el campo, al aire libre). No se está bien calzado sino con botas.

Brazo.- Para gobernar a Francia hace falta un brazo de hierro.

Bretones.- Todos buena gente, pero testarudos.

Broche.- Siempre debe encuadrar un mechón de cabellos o una fotografía.

Bronce.- Metal de la antigüedad.